

UN ASALTO AL DISCURSO HISTÓRICO. LA PRÁCTICA ESCRITURAL DE TATIANA LOBO

Irene González Muñoz

RESUMEN

El presente artículo aborda parte de la producción literaria de Tatiana Lobo, quien asume en ella un ejercicio de escritura cuya finalidad es deconstruir el discurso histórico nacional del periodo colonial. En este sentido, se plantean, desde la teoría literaria, algunas consideraciones sobre la relación Historia/Literatura, para luego enfocar la propuesta de lectura a partir de la posición ético-epistemológica desde la cual Lobo concibe su ejercicio como escritora.

Palabras clave: Historia, Literatura, Lobo- Tatiana, identidad, discurso histórico.

ABSTRACT

This article deals with part of the literary production of Tatiana Lobo, who raises a practice of writing whose purpose is to deconstruct the national historical discourse of the colonial period. In this sense, it is proposed, from literary theory, some considerations of the historical/literary relationship, to then focus the discourse on the reading from an ethical-epistemological position from which Lobo conceived their practice as a writer.

Key words: History, Literature, Lobo- Tatiana, identity, historical discourse.

Una discusión que no llega a resolverse aún, en el ámbito de las ciencias sociales, es la relación que se establece entre la Literatura y la Historia, concebida la primera como un producto de la *ficción*, y la segunda, como la ciencia social portadora de la *verdad*. Ya desde la Antigüedad esta relación conflictiva se generó a partir de los conceptos de mito, mimesis y realidad.

ML. Irene González Muñoz. Profesora del Departamento de Literatura de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura.

Correo electrónico: irenego123@hotmail.com

Recepción: 15- 05- 2012

Aceptación: 22- 06- 2012

Sobre el mito, el cual ya los presocráticos consideraban contrario a las nociones de realidad, de razón y de verdad, en otras palabras, contrario al *logos*, afirmaba Platón que era la materia de la cual se nutría la creación literaria, pues para este filósofo existía una unión inseparable entre poesía y mito; y por carecer este último de la cualidad de ‘verdadero’, sostenía este pensador que la literatura no era digna fuente de conocimiento, así como tampoco la consideraba apropiada para fines educativos, precisamente por asociarse el mito con la idea de ficción, de sinrazón y de mentira. Vemos, entonces, que consideraba la poesía como mera invención.

Aristóteles, por su parte, afirma en la *Poética* que la creación literaria o la poesía es *mimesis*, imitación de la naturaleza. Ahora bien, aunque Aristóteles nunca aclaró qué se debía entender por *mimesis* ni a qué se refería con *naturaleza*, tradicionalmente, se deduce del texto que *mimesis* es ‘imitación’ y que con *naturaleza* se refiere a las acciones humanas. Sin embargo, el mismo filósofo aclara que imitación no significa ‘copia’ de la realidad, sino ‘representación’ de esta, lo que implica una actividad creativa por parte del poeta.

Grosso modo, son estas dos concepciones de literatura, que hasta hoy siguen teniendo gran vigencia, las que determinan la relación conflictiva entre Literatura e Historia, pues como ya se ha planteado, desde la Antigüedad, se ha concebido el discurso histórico como ‘verdadero’ en contraposición a la creación-inventiva que supone lo literario. De esta forma, la Historia no se presenta como una imitación de la realidad ni como una ‘representación’ de esta, en términos aristotélicos, sino como la realidad misma, tal como lo propone Hayden White (1989), en *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, cuando afirma que el discurso historiográfico tradicional establece que

Historical stories differed from fictional stories by virtue of the fact that they referred to real rather to imaginary events. But “true” historical stories did not differ from historical events by virtue of their formal use history itself was a congeries of lived stories awaiting only the historian to transform them into prose equivalents. (1989: 170)

Es necesario también considerar que el término historia viene del griego *ἱστορία*, entre cuyos significados, además de ‘relato’ y ‘narración’, se encuentran también ‘investigación’, ‘conocimiento’, ‘saber’, ‘ciencia’, lo cual deja en claro que el estatus de ciencia del que goza la Historia le viene ya desde la etimología de la palabra, mientras que la Literatura se queda en el plano de la ‘creación’, la ‘mentira’.

Esta concepción de literatura como ficción cobró más fuerza aún, durante el Romanticismo, periodo en que se favorece, antes que nada, la imaginación y la espontaneidad emocional del autor en la producción literaria. De esta forma, la literatura se concibe como la configuración de una “realidad inexistente” antes de su creación por parte del autor, por esto, no resulta extraño que a partir de estas concepciones sobre la literatura y la historia, se establezca entre ambos campos una diferencia epistemológica: uno está destinado al entretenimiento; el otro, al conocimiento, respectivamente.

No obstante se haya establecido esta diferencia desde la Antigüedad, a través de una revisión de la teoría literaria occidental, podemos comprobar que esta idea puede asumirse o no, según se conciba la literatura en diferentes épocas. Por ejemplo, para Horacio (siglo I a. C.) una de las funciones de la poesía era instruir al mismo tiempo que debía deleitar, lo que se resume en la dualidad *prodesse/delectare*. De tal forma, no considera lo literario como mero entretenimiento e implica, además, el valor educativo de la poesía.

Asimismo, durante la Edad Media, una de las funciones de la literatura era la de instruir en la doctrina cristiana, mientras que en el Renacimiento, uno de los argumentos en defensa

de la poesía era el de su poder civilizador y educador; es decir, se afirmaba que influía en la sociedad educando con modelos ejemplares de comportamiento, así como también era un medio para aprender a hablar y a escribir correctamente. Como se puede ver, la literatura también ha sido considerada como una actividad funcional, sobre todo, didácticamente hablando.

Ya en el siglo XX, podemos mencionar, entre otras corrientes de la teoría literaria, al estructuralismo checo, el postformalismo y las sociologías de la literatura, para las cuales la serie literaria debe, necesariamente, conectarse con las series históricas, pues estas corrientes parten del principio de que lo literario está estrechamente relacionado con el contexto en que se genera, o sea, adquiere sentido únicamente en relación con él; e inclusive, por ejemplo, las sociologías de la literatura, sobre todo las marxistas, parten de la idea de que el fenómeno literario puede, incluso, modificar el contexto social. Se le atribuye, entonces, una función social.

Otro ejemplo de esta relación es la propuesta por Roland Barthes (2003) en *El Grado Cero de la Escritura*, en el cual afirma que si bien el escritor no tiene la libertad de escoger ni el lenguaje ni el estilo, en el sentido de que estos son objetos sociales preexistentes y que se presentan como producciones dadas a él; sin embargo, el autor sí tiene la posibilidad de escoger la escritura como un medio para reflexionar no sólo sobre la literatura, sino también como un medio para referirse a la historia. En otras palabras, asume la creación literaria como una escritura ética.

Precisamente dentro de esta concepción ética del ejercicio de la escritura literaria se inscribe la producción literaria de Tatiana Lobo, quien aborda el discurso histórico nacional con la finalidad de deconstruirlo en su propia práctica escritural. Asume esta labor desde dos perspectivas bien demarcadas, por una parte, *'asalta'* el discurso histórico oficial costarricense desde una posición meramente política, al interesarse por la exclusión generalizada y sistemática que se hace en él de algunos grupos sociales; a saber, las mujeres, los indígenas, los negros, entre otros. Por otra parte, desde una perspectiva epistemológica, cuestiona y enjuicia el imaginario nacional que el discurso histórico ha construido.

Según se colige de diversas fuentes, tanto literarias como históricas, el imaginario nacional del costarricense se fundamenta en la figura del campesino vallecentraleño, personaje que se caracteriza por ser, ante todo, un "labriego sencillo" y trabajador, cuyas mejores cualidades son la humildad, la moderación y la autenticidad, todas ellas asociadas a la ética cristiana, lo cual aseguraba la convivencia pacífica entre los costarricenses y, por lo tanto, aseguraban también que Costa Rica era una buena opción para la inversión del capital extranjero (Amoretti 2002).

Una revisión crítica de esta construcción identitaria ha llevado a diferentes intelectuales a afirmar que nuestra identidad nacional no es más que una invención/creación que no responde, en sentido estricto, con la realidad. En esta línea de pensamiento, Giovanna Giglioli (2002) asegura que se trata en principio de una construcción ahistórica e inmutable. En primera instancia, la considera ahistórica porque no responde, de acuerdo con esta autora, a eventos reales que la fundamenten; es decir, se trata de una invención (¿literaria?) que obedece más a un proyecto económico que a la 'verdad histórica' (nótese la idea de que la historia es *verdadera*). En segunda instancia, es inmutable porque surgió en un contexto socio-económico determinado que se modificó, o sea, que ya no corresponde con el actual, pero la concepción de esa identidad sigue siendo la misma.

Ahora bien, otra intelectual que critica esta construcción identitaria del costarricense es, precisamente, la escritora Tatiana Lobo, quien afirma que esta identidad no es más que un mito, una invención lograda por los intelectuales de la época de conformación del estado-nación costarricense y por los extranjeros que tenían interés por invertir en el país (Lobo 2002).

Para Lobo, esta construcción identitaria del costarricense, la cual se mantiene inmutable gracias al discurso histórico que se fundamenta en símbolos patrios y que le permite a la vez ser un relato en apariencia homogéneo y, además, hegemónico, debe revisarse y replantearse, pues según su postura ético-epistemológica, es una tarea no solo ineludible sino posible, como propone en “Costa Rica Imaginaria” al afirmar que “cuando los mitos que forman parte de una identidad ya no son funcionales, se pueden modificar” (2002: 76), ya que, como lo plantea en “Abordar la historia desde la ficción literaria (o como destejer la bufanda)”, la identidad nacional suele construirse como una “pared siempre a punto de desplomarse sobre las espaldas de los que la sostienen” (2002: 115). Precisamente, esta es la tarea que Tatiana Lobo ya había asumido años antes con la publicación de su novela *Asalto al Paraíso* (1992) y su colección de relatos *Entre Dios y el Diablo. Mujeres de la Colonia* (1993).

En adición a lo anteriormente expuesto, para esta intelectual la historia no escapa ni a la manipulación ni a la ficción de los historiadores, pues de acuerdo con su postura, la historia no se aleja mucho del ejercicio de escritura de una novela (Lobo 2002). Por ejemplo, el hecho de narrar los acontecimientos históricos a partir de una lógica de causa-efecto es ya, de por sí, una manipulación, pues en esto coincide con el pensamiento de Gayatri Spivak (2011) de que la linealidad causa-efecto es insuficiente para explicar, si es que fuera posible hacerlo, los datos que puede ofrecer el archivo histórico. De acuerdo con esta idea, Lobo considera que este archivo brinda un material con el cual el autor puede llevar a cabo su propio ejercicio de escritura, ya sea para ser contestatario o para ser consecuente con lo que este le ofrece. En este sentido, tal como lo propone también Spivak, Tatiana Lobo asume que se debe trabajar en el archivo histórico con la actitud crítica con que un estudioso de la literatura se enfrenta al texto literario; es decir, debe trabajar en él considerando la pluralidad de sentidos que este pueda ofrecer y no a partir de su ‘verificable verdad’, ya que el archivo encierra sólo parte de la historia, pues escapa de él todo lo cotidiano. En otras palabras, en el archivo sólo se ‘recogen’ y se ‘guardan’ aquellos acontecimientos que se consideraron ‘relevantes’ por quienes tenían a su cargo la recopilación de documentos, ya que muchos otros quedaron por fuera o simplemente ni siquiera fueron considerados. Además, en lo que respecta a la construcción del discurso histórico, se suma a la labor de recopilación y cuidado de los documentos, la figura del historiador especialista, cuya subjetividad se ‘instala’ en el discurso histórico.

Por eso, a partir de los planteamientos anteriores, la labor ético-epistemológica de Lobo consiste en realizar un ejercicio de escritura literaria que cuestione y critique la escritura de la Historia, para esto lleva a cabo dos tareas. La primera es renunciar a la posibilidad de construir grandes narrativas históricas y utilizar, como materia prima de su ejercicio de escritura, datos que el discurso histórico oficial costarricense ha invisibilizado o silenciado, esto con la intención de ‘rescatar’ esas historias obliteradas; la segunda tarea consiste en asumir su propia subjetividad, para ‘reivindicar’ desde su perspectiva de mujer, la voz, las memorias y la resistencia de las mujeres, los negros y los indígenas que el discurso oficial anuló. En este sentido, su compromiso es escribir lo que ella llama la ‘otra historia posible’, la que subvierte el orden lineal de la Historia, la jerarquía del poder y el orden patriarcal. Este posicionamiento de Lobo implica que la historia no explica, sino que interpreta. En este sentido coincide con el pensamiento de Rafael Vidal Jiménez, quien propone que

[...] en la medida en que la suspensión fenomenológica de la realidad convierte a ésta en mero contenido intersubjetivo de la conciencia, la explicación ya no constituye el modo dominante de aproximación al objeto contingente. Es la interpretación la que sirve de catalizador de una experiencia puramente

comprehensiva. Esta apunta a un mundo disgregado en la infinitud de significados liberados en la excepcionalidad metafísica de las prácticas a las que puedan remitir. Se trata de una verdadera quiebra de los principios mismos de la realidad y objetividad... (2008: 9)

Así, desde una escritura ante todo ética y crítica, Lobo pretende evidenciar los mecanismos del discurso histórico oficial o del saber-poder (Vidal 2008) con la finalidad de rescatar del olvido la memoria de los invisibilizados.

Esta es la labor que en principio lleva a cabo con sus textos y que, según algunos críticos, logra realizar con éxito. Por ejemplo, Beatriz Cortez afirma que en la novela *El Año del Laberinto*, Lobo consigue “recuperar el lugar que la historia oficial le negó a la mujer en Centroamérica [gracias a la] investigación histórica que [...] intercala una polifonía de voces en la que se mezclan materiales históricos y los narradores de ficción” (2002: 104). Como vemos, la obra de Tatiana Lobo se ‘nutre’ del material histórico, sin embargo, en su ejercicio de escritura este material no se *transcribe* como pretende hacerlo la Historia, sino que se *interpreta*.

No obstante, para otros críticos literarios, no es posible hacer afirmaciones tan determinantes en este sentido y las consideran inconvenientes, pues estos parten de la idea de que la creación literaria se caracteriza, ante todo, por ser ‘enigmática’; es decir, que en ella nada queda claro como verdad (¿histórica?). Ronald Solano asegura, en este sentido, que en *Entre Dios y el Diablo. Mujeres de la Colonia*, por ejemplo, “en algunos casos [entiéndase historias], ante la falta de claridad, la narradora obedeció más a su ética de mujer, que a la discreción literaria; con lo que comete alguno que otro “pecadillo” de favorecimiento” (2002: 111). Si, por un lado, entendemos *falta de claridad* como falta de apego a la información del archivo, con el que Lobo trabaja para escribir estos relatos, entonces, ¿debemos suponer que ‘peca’ con respecto a los datos que re-escibe en sus relatos?, ¿debió entonces limitar sus relatos a la información explícita del archivo? Desde nuestra óptica, Lobo sólo ejerce su derecho, como lectora del archivo, de encontrar sentidos y de (de)construir otros.

Además, debe considerarse, en lo referente a su *ética de mujer* y a su rol como lectora del archivo, que tal como lo propone Roland Barthes en *S/Z*, el “yo” lector es una subjetividad, “una imagen plena, con la que se supone que sobrecarga el texto, pero cuya plenitud, amañada, no es más que la estela de todos los códigos que [la] constituyen” (2004: 7). Desde esta perspectiva, en efecto, no podemos defender la objetividad que Solano le reclama a la obra de esta autora, pues la objetividad no viene a ser más que otro constructo (¿imaginario?) que sirve para designar ventajosamente al lector, ya sea para darlo a conocer o para conocerlo mal (Barthes 2004).

Como vemos, las opiniones difieren en cuanto a la función que los relatos puedan tener. Mientras para unos, como Cortez, reivindican históricamente a los marginados de la Historia; para otros esta intención se convierte en una falta de estética literaria, o sea, se sugiere, por ejemplo, que las obras literarias no tienen por qué circunscribirse a cuestiones de género, lo que implicaría que tampoco deban dedicarse a reivindicaciones históricas de otros grupos tradicionalmente marginados, tal como se desprende de la afirmación de Solano, en la que parece que debemos entender “falta de claridad” como falta de documentación histórica.

Otros, sin embargo, aseguran que la autora ofrece otro lado de la Historia; por ejemplo, en *Asalto al Paraíso*, cuando (de)construye la Historia, al considerar la perspectiva de las víctimas del sistema colonial, de tal forma que en

[...] su ficcionalización de los eventos históricos, Lobo usa la escritura para ofrecer una historia alternativa a la percepción aceptada por siglos de que los misioneros y los hombres de letras escribieron la “verdadera historia”; esta “verdadera historia” se presenta en la novela como otra versión ficcionalizada. (Shea 2002: 94)

Este es el mecanismo empleado por Lobo para desmitificar no sólo la historia oficial, sino también la identidad nacional costarricense.

En *Asalto al Paraíso*, uno de los textos en que centraremos nuestra atención, la autora (de)construye la respetabilidad histórica de la “La muy noble y leal ciudad de Cartago”, principal población de la provincia durante la colonia. Por medio de su ejercicio de escritura, y después de llevar a cabo investigaciones en el Archivo Nacional, esta escritora *ficcionaliza* una ciudad de Cartago caracterizada por la corrupción política y moral de sus habitantes, como se lo hace saber el Risueño, zapatero y conciencia del pueblo, a Pedro Albarán, el protagonista de la novela, cuando después de conocerlo le indica que

Se anduviera con cuidado porque aquí [En Cartago] se han dado cita todos los sinvergüenzas de la península que no encontraron mejor suerte en otros lugares: soldados sin fortuna, frailes que quién sabe dónde, cuándo y por qué colgaron la sotana, y que se cuidara especialmente de los miembros del Cabildo y del teniente de la Caja Real, Blas González, astuto como un jesuita y familiar del Santo Oficio para mayor dolor. (Lobo 2001: 55)

Con esta advertencia del zapatero a Pedro, se introduce el ambiente que rige la ciudad, en el que incluso el mismo Pedro calza, pues este llega a Cartago huyendo precisamente del Santo Oficio. Nadie escapa de esta caracterización, las autoridades políticas comercian con contrabandos y manipulan las leyes para su beneficio, como se lo confirma, una vez más el Risueño a Pedro: “—Mirá, estos cochinos lo que quieren es que no les cambien el gobernador, porque otro tan alcahuete como este difícilmente van a enviar aquí. Quién sabe si uno viene más empretinado y se le ocurre controlar los contrabandos y cobrar impuestos” (Lobo 2001: 109). Las autoridades eclesiásticas no son diferentes y no escapan tampoco a la crítica, el comentario irónico del Risueño sobre la astucia de los jesuitas lo demuestra. Además, los curas del convento en el que dan alojamiento a Pedro de la Baranda compran esclavas (que salen embarazadas en el mismo convento) y se preocupan más por su economía que por la espiritualidad de los habitantes de la ciudad. Otros religiosos no conciben la evangelización sin el uso de las armas como fray Pablo de Rebullida, quien sólo tiene interés en bautizar a los indios a toda costa, incluso por medio de la violencia, como se lo confiesa Juan de las Alas a Pedro: “Rebullida y el padre Andrade están pidiendo muchos soldados para sacar a la gente [los indios] y trasladarla a doctrinas [...] todos creen que actúan en nombre de Dios y que tienen, por lo tanto, derechos sobre la vida de esta gente” (Lobo 2001: 261).

Todas estas apreciaciones sobre la vida colonial en Cartago se excluyen del discurso de la historia oficial. Por ejemplo, si se considera el texto clásico de la historia costarricense, *Historia de Costa Rica*¹, de Carlos Meléndez, podemos comprobar que en él se brinda otra visión de la colonia. Así, en lo que se refiere a las relaciones de los indios con los españoles, afirma que “estas estuvieron muy reguladas por la legislación implantada por impulso del padre Las Casas [...] No queremos indicar con esto que el indio no fuese objeto de explotación, sino más bien, de que aquí no se dieron las formas extremas de sobre explotación, sino otras más moderadas” (Meléndez 1997: 16). Como se puede observar se acepta la práctica de la explotación, pero se afirma que fue *moderada*, de lo que se colige y casi se propone una relación ideal, e incluso “regulada”, entre conquistadores y conquistados, visión bastante alejada de la expuesta por Tatiana Lobo en *su* historia, en la que se relata un levantamiento indígena, generado por la explotación que sufría esta población.

En lo que respecta al papel de la Iglesia cabe citar, una vez más, lo que se afirma en el mencionado texto escolar:

El aislamiento rural y la pobreza extrema que significó la vida colonial costarricense, fueron factores poco estimulantes a la cultura en general. En este sentido, resulta innegable el papel preponderante de la iglesia como factor coactivo que preservó algunos de los elementos fundamentales, puesto que de lo contrario, la crisis habría sido mayor. La iglesia era celosa vigilante de la moral y las buenas costumbres, y a su actividad sobre la colectividad, se debió además, al través del culto, la conservación de una forma del arte, la religiosa. (Meléndez 1997: 75)

Presenta este historiador a la Iglesia como la institución que salvaguardó la moral de la gente en la colonia. Como se puede observar se trata de un discurso diametralmente opuesto al de Lobo en *Asalto al Paraíso*, novela en la que se critica fuertemente el rol que desempeñaba la institución eclesiástica en el periodo colonial.

No podemos dejar de lado que la historia de Pedro Albarán en Cartago se entretuje, además, con la del levantamiento indígena liderado por Pa-brú Presbere, primer héroe nacional de Costa Rica, cuya efeméride debe celebrarse cada 4 de julio, fecha en que se recuerda su ejecución. Estos acontecimientos, silenciados por la historia oficial, y sobre los que Meléndez no hace mención alguna, es decir, sobre el levantamiento de Presbere, se ‘rescatan’ en la historia de Tatiana Lobo. De hecho, la novela se inicia con un ritual por medio del cual Presbere pretende conocer el destino de su pueblo, y precisamente, resulta interesante la forma en que se desarrolla dentro de esta historia todo lo relacionado con la captura, el juicio y la sentencia de Pa-brú Presbere, pues se introducen otros aspectos como el hecho mismo de que este no dominaba, supuestamente, el español muy bien y, sin embargo, todo el juicio se llevó a cabo en este idioma, para lo cual se contó con un traductor que estuvo presente durante el interrogatorio de todos los testigos e, incluso, durante el interrogatorio de Presbere. Sobre la labor de este traductor, llamado Cristóbal, afirma la instancia narrativa lo siguiente: “El pardo Cristóbal se vio en un apuro; comenzó, interrumpió, volvió atrás y terminó con una frase demasiado corta para que la traducción fuese completa. Era evidente que tenía dificultades como traductor” (Lobo 2001: 357).

El otro texto de Lobo que nos interesa, por ubicarse también en tiempos de la colonia es *Entre Dios y el Diablo. Mujeres de la Colonia*. En él, esta autora realiza otro ‘rescate’; a saber, historias de mujeres, otro grupo invisibilizado por la historia oficial costarricense. Para conseguir esta reivindicación de las mujeres Lobo acude, una vez más, a los documentos del archivo en que se refieren ciertos procesos judiciales de la época en los que intervienen, ya sea como demandantes o demandadas, algunas figuras femeninas de diferentes etnias y de diversas clases sociales. Conocemos, de esta forma, la historia de la india Dominga Liberata Moya, quien fuera despojada de sus bienes después de la muerte de su padre, y de quien no se conoce su destino después del proceso que sigue su causa, pues no hay documentos que certifiquen qué sucedió con ella.

Así como la historia de Dominga, se relatan las de otras mujeres que por azar del destino se vieron en la necesidad de acudir a la ley para salvaguardar su honor, su vida o a sus hijos. Tal es el caso de la esclava del convento Petronila de la Flor, quien busca ayuda judicial para recuperar a los hijos que tuvo dentro del convento y que son vendidos por los curas franciscanos, a pesar de todos los esfuerzos de esta mujer para recuperarlos. También conocemos la historia de Nicolasa Vargas, quien ante los malos tratos de su marido, quien le es infiel, busca la ayuda del vicario para que este intervenga en su favor y así su esposo deje de agredirla; sin embargo, la iglesia no hace nada, y no es sino hasta que Nicolasa, según lo afirma la instancia narrativa, inventa que su esposo ha hecho un pacto con el diablo, que el vicario accede a permitir la separación definitiva de esta pareja.

Resulta digno de mención, en estos relatos, el hecho de que efectivamente conocemos parte de la vida de las once mujeres, cuyas luchas, sueños y derrotas se nos narran, gracias a la ‘mediación’ de un texto de ficción, y esto es un aspecto que no podemos dejar de lado. No obstante, en todos y cada uno de los relatos, se establece constantemente alusión a los documentos de los cuales se extraen las historias. Por ejemplo, en el caso de Dominga Liberata Moya, el que conocemos gracias a un litigio, explica que esta disputa judicial por los bienes de la india se inició con la muerte del padre. Nos dice, además, que esta mujer era “aparentemente libre”. Nótese el uso de adverbio de modo, lo que nos indica, a la vez, que la información ya de por sí es incompleta en los documentos del juicio, razón por la cual no hay total claridad en cuanto a algunos hechos. Esto sólo evidencia que para cada uno de los relatos que conforma el libro, la autora debió realizar un trabajo de lectura meramente interpretativo (Vidal 2008).

Ahora bien, considerando que todos los datos sobre estas mujeres provienen o surgen de los documentos judiciales o eclesiásticos del archivo, debemos aclarar que las mujeres de estos relatos no ‘hablan’, otros ‘hablan’ por ellas y esto es una constante en estas historias. Lo anterior se evidencia en *Entre Dios y el Diablo. Mujeres de la Colonia* cada vez que la instancia narrativa recurre a los escritos oficiales para referir las circunstancias en que se presentan las diversas historias. Sólo por dar un ejemplo, en el caso de “Andrea Chaves. La honra perdida”, se expone lo siguiente

Sabemos de la existencia de Andrea y de lo que le aconteció porque su papá, Francisco Chaves, se presentó ante los tribunales de la Iglesia para demandar a un tal Esteban Leandro por haber robado la virginidad de hija bajo palabra de casamiento. En su escrito, el indignado progenitor insiste en que Andrea era una muchacha muy virtuosa, doncella recatada

a quien yo tenía, en mi casa, con todo recogimiento y debajo del amparo paterno. (Lobo 2004: 42)

En este caso, se evidencia que no son las propias ‘protagonistas’ quienes tienen la palabra, sino que sus vidas son narradas por los documentos o las palabras de otros, como en el caso de Andrea Chaves.

Lo mismo sucede con la historia de Juana Delgado, quien parece haber sido víctima de una relación incestuosa. Se dice que esta mujer es una “figura de contornos difusos. Se sospecha, nunca se ve, ni menos se escucha”, sin embargo se sabe que “existió y fue real, porque hay un expediente que nos cuenta de ella y de su tragedia” (Lobo 2004: 53). Se comprueba con esta cita que todo lo que se sabe de ella es a través de las palabras de otros, en este caso, de quienes la acusan, de su padre y de los documentos. Muy similares son las circunstancias en que se narran el resto de las historias; es decir, la constante es que estas mujeres no ‘hablen’, no escuchamos sus voces, todo lo que sabemos de ellas está ‘mediado’, sobre todo, por los documentos del archivo.

Surge a partir de esto una pregunta importante, y se refiere el hecho de que si ellas no ‘hablan’, ¿sería válido afirmar, entonces que con estos relatos Tatiana Lobo les da a estas mujeres la ‘voz’ que no sólo la Historia, sino también sus circunstancias socio-históricas les negaron? La respuesta a esta interrogante no es una sola, sino que dependerá de la postura epistemológica de quienes la respondan.

Otras preguntas posibles serían: ¿puede la literatura, como texto de ficción², ser una alternativa para narrar hechos históricos? ¿Es posible que la literatura tenga esa validez que la cultura occidental le brinda al discurso histórico? Como se puede prever, no hay respuestas definitivas a estas preguntas, si las hubiera no habría problema alguno que discutir.

Ahora bien, nuestra postura al respecto es que si la literatura, entendida como un proceso comunicativo, es una práctica social, un ejercicio de escritura que tiene una función social, si por medio de ella se pueden construir identidades, entonces, es posible que también funcione para desmitificarlas, tal como se lo plantea Tatiana Lobo. No sólo eso, es posible también que funja como un medio alternativo para referir hechos que quienes escribieron y escriben la Historia han dejado de lado.

Visto de esta manera, diríamos que lo literario no sólo funciona como mera diversión o actividad placentera, también puede ser un medio de conocimiento. Así, si los libros de Historia no dedican espacio para ciertos grupos sociales, que tradicionalmente han sido marginados por esta práctica institucional, ¿por qué no puede la literatura ‘rescatarlos’?; aunque este ‘rescate’ no necesariamente signifique darles la ‘voz’ que nunca tuvieron, sino respetar su silencio haciendo que otros ‘hablen’ por ellos, como sucede en *Entre Dios y el Diablo. Mujeres de la Colonia*.

Como ya se ha establecido, la crítica difiere con respecto a considerar la obra literaria de Lobo como una alternativa del discurso histórico. Sin embargo, desde una perspectiva ética es totalmente posible considerarla como un medio de conocimiento, a través del cual se pueden contar las historias de aquellos a quienes la Historia borró de sus páginas.

Para finalizar, retomando la relación literatura/historia, diríamos que este es un conflicto que aún está lejos de resolverse. No obstante, ambas son prácticas de escritura realizadas por sujetos sociales que responden a determinadas condiciones socio-históricas e ideológicas, y en esta medida ambas son producto, precisamente, de la visión de mundo de quien las escribe. Por esto, hablar de objetividad o de imparcialidad en el discurso histórico, como si este fuera la verdad absoluta “de los grandes acontecimientos de épocas pasadas”, más parece un recurso de validación que una característica inherente de esta práctica de escritura.

Por otra parte, aun considerando la literatura como producto de la ficción, es casi imposible negar su capacidad de generar cambios, sobre todo, cuando su consumo se da en cierta escala³, esta es una función que no se le puede negar (baste con recordar por qué Platón la excluye de su república ideal). Sobre este aspecto, afirma Jonathan Culler (2000) que históricamente se le ha atribuido a la literatura la capacidad de realizar cambios sociales, y da como ejemplo *La Cabaña del Tío Tom*, texto que tuvo, en su época, el comportamiento de un best-seller, y que contribuyó a que se llevara a cabo la guerra civil americana.

Considerada de esta forma, la literatura es un medio de conocimiento a través del cual sí es posible ‘asaltar’ a la historia, como lo pretende Lobo, con la finalidad, no sólo de cuestionarla críticamente, sino también de ‘replantearla’, saber cuáles son sus límites y evidenciar en su escritura el proceso de *mediación*. Esto exige una postura epistemológica diferente, una nueva forma de enfrentar los datos históricos del archivo o, en otras palabras, comprender que las estructuras de los sistemas de significación no existen como objetos de conocimiento independientes del sujeto que los aborda y considerar la posibilidad de convertir esos datos en material para (re)interpretar la historia.

Notas

1. Lo consideramos clásico por ser un texto de referencia obligatoria para los estudiantes del tercer y cuarto ciclos de la Educación Diversificada en el sistema escolar costarricense, lo que supone que su difusión es considerable.
2. Entendemos por ficción la relación que el enunciado literario guarda con el mundo, el referente.
3. Otro aspecto que debería estudiarse, cuando se plantea el valor ideológico de lo literario, y que permitiría mayor claridad en esta problemática.

Bibliografía

- Aínsa, Fernando. 1986. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos.
- Amoretti Hurtado, María. 2002. *Magón... La irresistible seducción del discurso*. San José: Perro Azul.
- Barthes, Roland. 2003. *El grado cero de la escritura*. Argentina: Siglo Veintiuno.
2004. *S/Z*. Argentina: Siglo Veintiuno.
- Birla, Ritu. 2002. "History and the critique of postcolonial reason limit, secret, value". *Interventions: The International Journal of Postcolonial Studie*. 4 (2): 175-182.
- CastroGómez, Santiago. 1998. "Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón". En: Castro-Gómez y Mendieta (Eds.). 169-205. <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/castroG.htm>
- Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (Eds.). 1998. *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Cortez, Beatriz. 2002. "El papel de la historia y de la ficción en la construcción de una versión masculina de la identidad nacional". *Revista de Comunicación*. 2. Núm. Especial.
- Culler, Jonathan. 2000. *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Crítica.
- Didur, Hill. 2001. "Lifting the Veil? Reconsidering the Task of Literary Historiography". *Interventions*. 3 (3): 446-451.
- García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- Giglioli, Giovanna. 2002. "Los colores de la idiosincrasia". *Identidades y ciudades. Patrimonios imaginarios*. San José: Arlekin.
- Lobo, Tatiana. 2001. *Asalto al Paraíso*. San José: Farben.
- 2002a. "Costa Rica imaginaria". *Identidades y ciudades. Patrimonios imaginarios*. San José: Arlekin.
- 2002b. "Abordar la historia desde la ficción literaria (o como destejer la bufanda)". *Revista de Comunicación*. 2. Núm. Especial.
2004. *Entre Dios y el Diablo*. Mujeres de la Colonia. San José: Farben.
- Meléndez, Carlos. 1997. *Historia de Costa Rica*. San José: EUNED.
- Mignolo, Walter. 2008. "Postoccidentalismo: el argumento desde América Latina". En: Castro-Gómez y Mendieta (Eds.). 26-49. <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/mignolo.htm>
- Quesada, Alvaro. 1995. *La formación de la narrativa nacional costarricense. Enfoque histórico social*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Shea, Maureen. 2002. "Asalto al Paraíso: Tatiana Lobo asalta la historia oficial". *Revista de Comunicación*. 2. Núm. Especial.
- Solano, Ronald. 2002. "Entre Dios y el Diablo o entre la historia y la ficción". *Revista de Comunicación*. 2. Núm. Especial.

- Spivak, Gayatri Chakravorty. 2011. *¿Puede hablar el subalterno?* Buenos Aires: Cuadernos de Plata.
- Vidal Jiménez, Rafael. 1998. "La historia y la postmodernidad". *Espéculo*. 13. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero13/finhisto.html>
- White, Hayden. 1989. *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*. Maryland: Johns Hopkins University.

